

El detective de ánimas

Pedro César Castillo Quiñones



México, el sueño surrealista



Capítulo 1

El detective de ánimas

Aquello resultó ser noticia internacional. De un día para otro, el pueblo de Guadalupe de la Esperanza, era un foco de atención para toda la prensa internacional. El pueblo dejó de ser un parsimonioso paraíso rústico, a un centro de investigación de ciencia mágica forense.

Pocos meses antes de concluir el extenuante año 2018, el pueblo de Guadalupe de la Esperanza se petrificó al enterarse que se descubrió una fosa clandestina, repleta de cadáveres humanos desconocidos.

La noticia fue dada a conocer por una caravana de mujeres y madres que van peregrinando desde hace tiempo de pueblo en pueblo, buscando bajo la húmeda tierra los cadáveres de sus familiares desaparecidos. Pululaban cargando palas y picos, y tras de su marcha sólo dejaban huecos casi tan profundos como el vacío que les consume el espíritu. Quienes las veían pasar las conocían como "las "pepenadoras del sol". Cada una de estas mujeres se dedicaba a desenterrar emociones, buscando imparablemente los huesos calcinados del tamaño de media uña.

Un día, mientras instalaban su campamento en los límites de nuestro pueblo, acompañé a mi madre para darles un poco de agua y sopa caliente a todas esas mujeres. No eran más de diez, quizá exagero, pues nunca me tomé la molestia de contar el número exacto que conforma la caravana, pero lo que sí pude contemplar, fue que todas ellas parecían cargar con la misma máscara de melancolía asfixiante. Cuando hablaban entre ellas, sus ojos se fragmentaban en ciento de diminutos diamantes brillos que el viento se encargaba de esparcir por el suelo. Escuché a una de ellas decir que si las lágrimas pudiesen dar frutos, este país sería el más abundante de todos los que hay. Era de madrugada, y todas ellas se alistaban para salir a trabajar, nomás el sol empezara a asomar. Mientras mi madre regalaba alimento, yo me escabullí entre las viviendas improvisadas, explorando con el único fin de saciar mi aburrimiento, y en mi distracción, me topé con un pilar de ropa vieja y desgastada. Ese día, la bruma de la mañana fue especialmente gélida, y entonces enterré mis manos entre las viejas prendas para ver si podía encontrar de casualidad alguna chamarra de mi corta talla. Fui removiendo de montón en montón hasta que encontré una chamarra gruesa de camuflaje militar. La miré, y noté que no estaba descocida, ni apestaba a diésel como las demás. Me fue fácilmente probarla, pero segundos antes de que mis juguetones dedos subieran el zíper para abrochármela, una mujer no más alta yo me sacudió de los hombros, y empezó a decirme no tenía ninguna consideración por las pertenencias de los muertos. Quedé estático, sin ninguna resistencia le permití que me sacudiera como muñeca de trapo. Sus ojos zarcos por el efecto de la edad me juzgaron inquisitivamente, y

después de tanta arenga que reclamaba, se aferró a mí como si intentara robarme el calor corporal. Me abrazó, y sentía como sus lágrimas resbalaban por mi cuello. De igual forma la abracé, pero sin comprender porque lo estaba haciendo. La mujer de ojos enfermos se calmó, y mientras su semblante se endulzaba me dijo que podía conservar la chamarra, si es que claro, no me molestaba el origen de ésta. Con el pasar de los días, más mujeres se anexaban en la búsqueda de los desaparecidos. Aprovechaban al máximo el regalo de los brillos del sol, pues de alguna manera lograban hacer que sus cuerpos no se doblegaran ante el cansancio.

Todas las tardes, después el timbre escolar que anuncia el final de la jornada, mis amigos y yo jugábamos con la pelota a tan sólo unos metros de donde las mujeres penetraban la tierra. En una de esas, recuerdo que anoté un gol que me pareció espectacular, y empecé a correr y a gritar de la emoción. De repente mis alaridos estaban siendo acompañados por un tumulto de voces femeninas. En mi imaginación precoz, me imaginé siendo alabado por la tribuna de un estadio europeo, pero la ilusión se quebrantó cuando mis oídos captaron con mayor atención lo que ocurría. Las mujeres no celebraban conmigo el gol anecdótico, sino que una de ellas había descubierto lo que parecía ser el resto de una muela envuelta con papel aluminio. Todas las mujeres fueron corriendo a la zona donde se decía que había restos, y mis amigos y yo las observábamos desde la distancia, donde no podían oírnos. Y mientras ellas corrían con las palas, uno de mis amigos empezó a mofarse descontroladamente. Él nos dijo que las mujeres habían confundido un hueso de barbacoa con los de un humano. Le preguntamos cómo lo sabía, y el respondió — Los huesos humanos son más largos—. Ninguno lo contradijo, y regresamos a nuestro juego.

Una noche le pregunté a mi madre por qué ella no estaba afuera ayudando a escarbar. Estábamos en la sala frente a la televisión, y me contestó que no era tan fuerte como para salir a acarrear montículos de tierra, pero, para no sentirse inútil, dijo que intentó, junto con otros vecinos de Guadalupe de la Esperanza, comunicarse con los medios de la prensa para que el país entero las pudiera ayudar, pero que lamentablemente, jamás les respondieron las llamadas de socorro.

No había transcurrido ni un mes desde la llegada de las pepenadoras del sol, y su presencia se había hecho tan habitual en el pueblo, que todos creían conocerlas desde hace mucho tiempo. El alcalde municipal se paseaba junto con las señoras, riendo y escuchando las largas historias que atormentaba a cada una de ellas. Después de oírlas les prometió que iría a visitar a su amigo, el gobernador del Estado, y que traería la ayuda necesaria para encontrar a sus familiares. El alcalde prometió durante una semana que la ayuda vendría, y que su palabra se haría realidad. Cuando el alcalde abordó su carro para ir rumbo a, donde quiera que estuviera el gobernador, todas las mujeres le aplaudieron, y persiguieron su vehículo

en ovaciones que fueron más allá de la frontera en la carretera.

A pesar de que el alcalde ya se había retirado con la promesa de encontrar ayuda, las mujeres no arrinconaron las palas, ni dejaron de acarrear los kilos de tierra. Continuaron escarbando hasta que por fin el transporte del alcalde regresó una noche, y esta vez, un extraño de ojo verde y cabello blanco le acompañaba.

Las pepenadoras del sol, y los habitantes de Guadalupe de la Esperanza estábamos aglomerados frente al palacio municipal, esperando a que el alcalde presentara al misterioso forastero de ojo verde. Recién empezaban los frentes fríos, y muchos de nosotros íbamos abrigados de pies a cabeza. Mi madre regalaba café de olla a las melancólicas mujeres de mirada patética, y en lo que ella se distraía en su buena acción, yo buscaba a mis amigos en el centro de la plaza. Los encontré comiendo tamales y tomándose fotografías que después compartirían en sus redes sociales.

Las puertas del palacio municipal se abrieron, y el señor alcalde empezó a declamar un monólogo más sobre la eliminación de la violencia. Al final de su discurso, presentó con los mejores ademanes al señor de ojos verde, que apareció detrás de él, sonriendo con gigantescos dientes, y saludando a todos con la mano izquierda. Tenía un jocosos acento extranjero, que ocasionó en más de una vez la mofa de mis amigos. No puse atención a todo lo que dijo este señor en la plaza, y no fue hasta que regresé a casa cuando le pregunté a mi madre quién era y por qué estaba aquí. Según mi madre, el hombre era de Inglaterra, y también era muy amigo del gobernado de nuestro Estado. Durante su discurso se presentó como el detective de ánimas, y que en su país natal era famoso su apodo. Dijo que se dedicaba a encontrar cuerpos desaparecidos con la ayuda de la tecnología, pues según dijo, había logrado inventar una máquina capaz de percibir las energías que los muertos desprenden.

A la mañana siguiente, durante mi cotidiano trayecto a la escuela, quedé sorprendido al ver a cientos de reporteros televisando la descarga de decenas de cajas que estaban dentro de unos camiones que llegaron cuando transcurría la madrugada. El señor inglés hablaba frente a las cámaras, y junto a él estaba un general de división escoltado por su tropa. Parecía que todo el pueblo, y otros más estaban presentes para admirar los supuestos aparatos que rastrean la energía de los muertos. El general confesó frente a las cámaras haber dialogado con el hombre inglés, que resultó ser empresario, y dijo que estaba más que contento en poder realizar transacciones comerciales con él. Dijo que el nombre del aparato era "Rastreador Atómico" y que la Secretaría de Seguridad Pública del Estado compró orgullosamente más de quinientas unidades, a un precio de treinta y cinco mil dólares cada uno.

Cuando los soldados empezaron a dismantelar las cajas de madera, la muchedumbre empezó a desesperarse, pues ya todos querían admirar la compleja maquinaria del aparato. Las pepenadoras del sol, que estaban hasta el frente de las masas, empezaron a gritar, exigiéndole a los soldados que regalaran de inmediato los aparatos fabricados por el milagro de la ciencia, pues el tiempo para ellas valía más que el oro.

Por fin abrieron las cajas, y revelaron ante nosotros un aparato del tamaño de un libro, pero delgado como una caja de serillos. A simple vista, parecía sólo un pedazo de plástico y una antena de metal, pero el hombre inglés empezó a presumir que su aparato era sin duda alguna un milagro de la ciencia y la tecnología, y que su complejo sistema de operación traería de la muerte la felicidad de todas las mujeres y madres que la perdieron. El pueblo se estremeció en alaridos y aplausos, y de repente, una caravana de músicos de carnaval entró dando alegría al pueblo entero. El ejército repartía los dichosos aparatos, y el sargento y el hombre inglés estrechaban manos frente a las cámaras, y ante nuestros propios ojos. Luego, sin decir nada más, el hombre de ojos verde se montó en un vehículo, y fue escoltado hasta la salida del pueblo. Nunca más volvimos a saber de él, y tiempo después, la mayoría de los habitantes de Guadalupe de la Esperanza olvidarían que alguna vez existió un hombre de otro continente que vino a venderles esperanza, pues, según un grupo de médicos videntes del futuro, todos de Centroamérica, nos visitó con la noticia de que una pandemia se propagaba rápidamente, por todo el continente, y el primer síntoma de esta extraña enfermedad era el olvido, y el fallo de la memoria.